

LA ÉTICA KANTIANA, EL EPICUREISMO Y EL ESTOICISMO

Manuel Triana Ortiz

1. INTRODUCCIÓN

Las respuestas a las preguntas por el comportamiento humano pueden acogerse a las costumbres y usos sociales, o a las justificaciones de tipo religioso, o se pueden intentar responder racionalmente. Este último camino puede seguir bien una perspectiva científica o bien una filosófica. La psicología es una disciplina que se enmarca en la primera orientación. La ética es una disciplina filosófica. Los filósofos dedicados a la ética se formulan la pregunta de un modo particular. Se interrogan no sólo por lo que da origen a las acciones humanas, sino también por el deber ser, es decir se preguntan si hay criterios a los cuales las personas deben acogerse en sus actos, y cuáles serían estos. Con tales criterios se busca poder evaluar los actos, bajo la perspectiva del bien y el mal.

Entre los filósofos más importantes que han planteado y justificado una reflexión sobre el deber ser, nos encontramos con el alemán Immanuel Kant. La influencia de sus investigaciones filosóficas se ha hecho sentir con mucha fuerza en la historia del pensamiento occidental en los dos últimos siglos. Suya es por ejemplo la formulación de la sentencia moral según la cual, nuestro comportamiento debe tener en cuenta que los seres humanos somos fines y no medios¹.

El propósito del presente escrito es mostrar en forma breve las características más importantes del pensamiento ético de Kant. Lo haremos recogiendo en forma sistemática el análisis que el mismo pensador hace de dos de las escuelas éticas griegas más importantes: la de los estoicos y la de los epicúreos. Este análisis aparece en algu-

nos pasajes de su libro la Crítica de la Razón Práctica. Hemos recurrido a esta forma de presentación de la ética kantiana por dos motivos. El primero es de tipo pedagógico. El contraste de pensamientos puede ayudar a lograr mayor claridad sobre sus características. El segundo es de fondo: se pretende alcanzar por este camino una perspectiva comprensiva que abarque un aspecto usualmente no tenido en cuenta por los estudiosos y los críticos de Kant, a pesar de su importancia. Nos referimos a la noción del "soberano bien"². La referencia a él mostrará que la ética kantiana no se puede comprender sin la apertura del pensamiento a la esperanza.

2. EPICUREISMO Y ESTOICISMO: DIFERENTES CONCEPCIONES DE LA VIRTUD

Antes de profundizar sobre el tema del título, conviene señalar algunos datos que nos sirvan para ubicar las dos doctrinas griegas. La corriente estoica tiene su comienzo histórico hacia el año 300 a.C., cuando Zenon, griego nacido en Chipre, fundó la escuela de la Stoa. Ya en Atenas hubo discípulos insignes, y su influencia también se hizo notar en la Roma pre-imperial, y luego en la Roma Imperial. Así mismo en épocas posteriores su influencia se ha hecho sentir muy marcadamente. Igual que el epicureísmo, suele ser citada por todos los filósofos importantes, cuando se trata de exponer la posición propia con relación a la ética. San Pablo elogia a los estoicos como una escuela filosófica de viva religiosidad³.

La escuela epicúrea fue fundada por el "Maestro del jardín" (nombre que se le daba a Epicuro), cerca del año 306 a.C. La doctrina epicúrea ha tenido seguidores muy importantes, entre los que destacan incluso algunos personajes del imperio romano como Cicerón. Si bien la doctrina epicúrea abarca otros aspectos además de su propuesta ética, fue éste último el que la hizo famosa. En algunos círculos se ha identificado la tesis ética de los epicúreos con una forma de inmoralidad⁴, incluso se la ubica como una escuela atea. Ante esto hay que tener en cuenta que el mismo Kant, a pesar de no estar de acuerdo con la corriente epicúrea, cuando se refería a su fundador lo llamaba el "virtuoso Epicuro"⁵. Por otra parte la lectura de los libros y fragmentos del Maestro del Jardín que aún se conservan, nos revelan a un hombre sinceramente piadoso⁶.

Las dos escuelas griegas tienen en común el *eudaimonismo*, es decir la consideración ética de que la felicidad es el fin último. A su vez, la virtud que debemos alcanzar, nos proporciona ese fin último.

Ahora bien, la diferencia entre estoicos y epicúreos se debe tanto a la distinta forma de concebir la virtud, como a la manera diversa de establecer la relación entre la felicidad, la virtud y el placer. Para los estoicos la virtud radica en la intención con que se actúa. Se es virtuoso por actuar conforme a la naturaleza. El placer no tiene mayor importancia. Se reduce a ser el resultado o el acompañamiento de los actos. Pero nunca es un fin que se debe buscar. Incluso para algunos estoicos, como Cleantes, el placer va contra la naturaleza. Para comprender mejor esto, debemos señalar que los estoicos procuran huir a toda forma de pasión. El ideal de vida del sabio consiste en alcanzar una ataraxia, es decir un estado de apatía producto de desembarazarse de todo tipo de pasión o inclinación. Ello implica la búsqueda de independencia del mundo exterior. Esta independencia es ajena al aislamiento de lo social. Ello significa más bien la capacidad de tomar distancia de lo inmediato, por ejemplo del amor propio y del amor a los más próximos con el fin de lograr lo más universal, el amor a la humanidad. La felicidad no es para los estoicos una preocupación fundamental.

Para los epicúreos por el contrario la sensibilidad es la que determina la felicidad. Por ello debe buscarse el placer sensible, aunque no cualquiera sino el mayor, el más perdurable, y el que genere menor dolor. Semejante placer es el resultado de un esfuerzo por alcanzar un estado de equilibrio óptimo en la satisfacción de los deseos. Por ello se le impone como exigencia actuar con suma prudencia. Pues la búsqueda desenfrenada del placer da como resultado placeres inmediatos que son efímeros y que a la postre pueden acarrear mucho dolor. El maestro del Jardín daba un testimonio fehaciente de semejante prudencia. Por ello era que Kant lo llamaba "el virtuoso Epicuro".

3. LA LEY MORAL

Casi veinte siglos después Kant retoma las doctrinas de Epicuro y los estoicos con el fin de precisar su pensamiento ético. Este pensador alemán del siglo XVIII introduce en su tiempo un nuevo concepto, con el cual, no sólo distingue lo propio de las escuelas griegas mencionadas, sino que además les muestra críticamente lo que, desde su perspectiva, considera incorrecto. El concepto al que nos referimos es el de la ley moral. Consiste en la norma suprema, es decir la que define el concepto de bien y mal⁷. Una ley semejante es a su vez constitutiva de la razón en su uso práctico. Este uso es el que da racionalidad a la acción y a los fines que la motivan. (Otro uso de la razón es el uso teórico, que se refiere al conocimiento).

La ley moral expresa un principio válido por sí mismo. Ella es irreductible por consiguiente a cualquier elemento ajeno a sí misma, por ejemplo a los sentidos⁸, al placer y la prudencia de los epicúreos, o a la intención de la virtud estoica. También es indiferente a la felicidad⁹. La ley moral permite al hombre saber pues, cuando sus actos son correctos o no, cuando son buenos o malos, cuando él mismo es virtuoso o cuando no lo es.

Por su carácter de ley, la moralidad exige universalidad, de ahí que Kant encontró en lo que llamó el "imperativo categórico" la mejor expresión de esta ley. Categórico significa que algo se

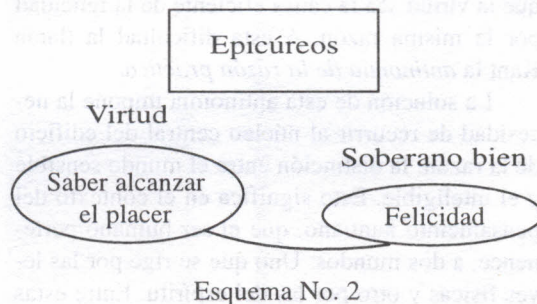
exige sin condición. Se distingue de los imperativos hipotéticos puesto que ellos se postulan como medios para alcanzar fines no necesarios. El imperativo categórico recibe distintas formulaciones. Una de ellas dice: "Obra de tal modo, que la máxima de tu voluntad pueda ser siempre considerada como un principio de legislación universal"¹⁰. Otra fórmula es: obra de tal suerte que trates siempre a la humanidad, sea en tu persona o en la de otro, como un fin, y que no te sirvas de ella como un medio¹¹. Esta última formulación tiene la ventaja de ser más explícita en lo que tiene que ver con la consideración del valor de los seres humanos, al representar su valor en contraste con el de las cosas. Mientras estas pueden ser mediatizadas, o manipuladas, es decir, pueden ser instrumentos, los seres humanos no. Hay una tercera formulación del imperativo categórico en la cual se hace ver que la voluntad de los seres racionales se puede parangonar a una voluntad legislativa con carácter universal¹².

4. EL PROBLEMA

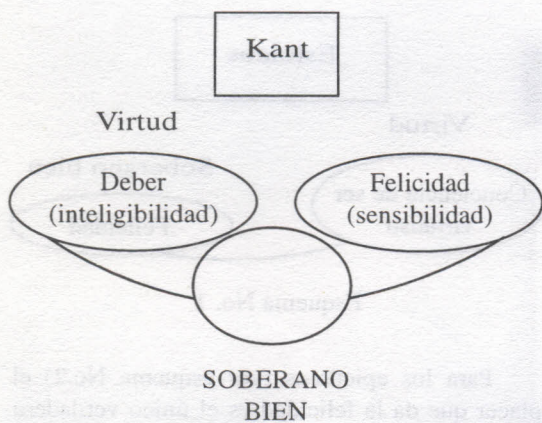
Con base en los presupuestos anteriores abordemos directamente la crítica de Kant a epicúreos y estoicos. Según nuestro autor, en el fondo las dos corrientes morales caen en un error común: las dos vinculan la felicidad con la virtud. Sin embargo, la vinculación se da en las dos escuelas de diferente manera. Para los estoicos (ver el esquema no.1), la felicidad debe mover a los hombres a ser virtuosos. Ahora bien, ser virtuoso es para ellos saber que la intención de sus actos es correcta, es decir, es conforme con la naturaleza. De ahí que se puede decir que la felicidad radica en la conciencia de ser virtuoso¹³. No es pues el deber moral lo que constituye el verdadero motivo de los actos humanos, sino la conciencia de la virtud. Esto trae como consecuencia además que la felicidad se reduce a ser algo propio del plano inteligible, es decir de la conciencia, y no tiene nada que ver con la sensibilidad. Kant llama a los estoicos fanáticos por dar más importancia a la conciencia de ser virtuoso que al deber mismo¹⁴.



Para los epicúreos (ver esquema No.2) el placer que da la felicidad es el único verdadero motivo de la acción. La virtud por excelencia, como señalamos, es la prudencia, es decir el mejor empleo de los medios para alcanzar de la mejor manera un placer seguro y duradero. Para los epicúreos por consiguiente, ser virtuoso consiste en saber las máximas para alcanzar la felicidad¹⁵. Esto trae como consecuencia que no es propiamente el deber el móvil de los actos humanos. Incluso si se actuara moralmente esperando lograr así una vida placentera, tampoco es aceptable para Kant, pues la moralidad se estaría supeditando a la sensibilidad¹⁶.



A diferencia de las dos escuelas griegas, para Kant (ver esquema No.3) la virtud como principio de moralidad de un ser finito y su felicidad no se identifican, son dos realidades diferentes. La virtud ciertamente hace referencia a una exigencia completamente racional, mientras que la felicidad está vinculada con la satisfacción de las inclinaciones propias de la sensibilidad¹⁷. Sin embargo virtud y felicidad configuran los dos el Soberano Bien, que es lo que, según el filósofo, mueve realmente a los hombres a actuar.



Esquema No. 3

Teniendo en cuenta lo anterior se puede pensar que el deber y la felicidad no aparecen relacionadas directamente, es decir que no se puede pensar que el cumplimiento del deber traiga consigo la felicidad. Ante esto cabe preguntarnos: ¿se relacionan de alguna otra forma deber y felicidad? Es imposible, como vimos, que la felicidad sea el móvil de la virtud, puesto que la felicidad responde a exigencias sensibles, mientras que la virtud a exigencias morales. Pero también es imposible que la virtud sea la causa eficiente de la felicidad por la misma razón. A esta dificultad la llama Kant la *antinomía de la razón práctica*.

La solución de esta antinomia impone la necesidad de recurrir al núcleo central del edificio de la razón: la distinción entre el mundo sensible y el inteligible. Esto significa en el contexto del pensamiento kantiano, que el ser humano pertenece, a dos mundos. Uno que se rige por las leyes físicas y otro por las del espíritu. Entre estas leyes hay que distinguir la relación causal correspondiente a cada uno de estos mundos: para el físico, la relación causal se refiere a lo que efectivamente se conoce como relación causa-efecto; para el segundo, el espiritual, la causalidad se llama inteligible, y corresponde a la libertad. La primera de estas relaciones la establece la razón especulativa entre los fenómenos o sea representaciones racionales de las cosas en-si, exteriores al sujeto. Por el contrario, la libertad, cuya expresión en un ser finito es la virtud corresponde a la causalidad de las acciones de los seres humanos

en cuanto son seres racionales. Para Kant el hombre virtuoso es el hombre libre, es decir el que actúa conforme a la ley moral.

El problema de los epicúreos radica pues, según Kant, en reducir al plano sensible el ser racional, desconociendo así el mundo inteligible. Esto trae como consecuencia que la virtud se pretenda alcanzar por medios sensibles. Los estoicos por su parte, hacen una identificación indebida también, pues desconocen el aspecto sensible forma parte del Soberano Bien.

5. EL MUNDO SENSIBLE Y EL INTELIGIBLE

Tratando de respondernos la pregunta sobre como es posible la relación entre el deber y la felicidad es conveniente tener presente el problema filosófico que está de trasfondo a este. Nos referimos a la relación entre el mundo sensible y el mundo inteligible. La distinción entre los dos mundos se presenta a veces insalvable. Por consiguiente el ser humano se debate en medio de dos mundos, uno que lo llama al placer aprendido en la satisfacción de sus necesidades físicas, y otro que le exige incluso sacrificios ya no sólo de la satisfacción de sus necesidades, sino de la propia vida, pasando por encima del instinto de autoconservación. Este debatirse en medio de dos mundos hace poco creíble incluso, casi como una quimera, el soberano bien. Kant recurre entonces a plantear unos postulados que salvarían la posibilidad del soberano bien. Entre estos se encuentran la inmortalidad del alma, la idea cosmológica de un mundo inteligible y la inmortalidad de Dios. A propósito de éste último escribe nuestro autor:

puesto que no tenemos solamente el derecho de concebir nuestra existencia como un noúmeno en el mundo inteligible, sino que hallamos en la ley moral un principio intelectual de determinación para nuestra causalidad en el mundo sensible, no es imposible que la moralidad de la intención tenga como causa, con la felicidad como efecto, en este mundo, una conexión necesaria, y si no inmediata, al menos mediata (por medio de un autor inteligible del mundo)...(5).

Con la inclusión de este postulado de un autor inteligible del mundo, que sería Dios, queda a salvo entonces la posibilidad del Soberano Bien, móvil auténtico de una voluntad libre, el cual incluye virtud y felicidad. El hecho de recurrir a Dios como garante de la relación entre moralidad y felicidad puede verse como un recurso para probar su existencia. Así también podría pensarse de la inmortalidad del alma y de la existencia de un mundo inteligible. Sin embargo, más que una "prueba" de su existencia, es más bien una demostración de su necesidad desde una perspectiva antropológica. Más aún, en el contexto del pensamiento kantiano podría decirse que la prueba de algo corresponde al orden del uso teórico de la razón, no al uso práctico. Pero a su vez en el uso práctico, la exigencia de un autor inteligible del mundo no puede admitirse como prueba. Entonces en términos de la extensión del conocimiento no se adelanta realmente nada. ¿Significa esto que los postulados son meras elucubraciones? Para responder esta pregunta es necesario tener en cuenta un aspecto nuevo del pensamiento kantiano. Para Kant la mente humana no se cierra a estos dos usos de la razón, sino que deja abierto un dominio en el que también puede incursionar y que tiene su propia constitución. Es el dominio que se abre con la pregunta por lo que me es permitido esperar, la cual se hace ya presente en la reflexión sobre la dimensión moral del hombre.

Ciertamente que tanto en *La metafísica de las costumbres*, un libro anterior a la *Crítica de la Razón Práctica*, como en la primera parte de éste, Kant le da muchísima importancia al deber, y a la ley moral. Por ello su pensamiento ético puede ser visto como un pensamiento en el cual el deber es lo único que define el criterio de los actos humanos, sin considerar para nada la sensibilidad. Ahora bien la sensibilidad no sólo es contemplada, sino que su plenitud, la felicidad, ocupa un lugar entre los elementos que constituyen el soberano bien, móvil último de las acciones de los seres humanos. Si además de esto se tiene en cuenta la importancia de la dimensión de la esperanza a que nos hemos referido, podemos afirmar que el pensamiento de Kant es en realidad un

pensamiento que busca comprender integralmente al ser humano, por lo que los diferentes aspectos que aborda este pensamiento no se pueden ver absolutamente desligados entre sí, aun admitiendo que son diferentes, y que nos es incognoscible establecer su vinculación. Para Kant, el pensador de lo humano, no sólo del conocimiento o de lo moral, el ser humano sorprende por tener varias facetas, por vivir en varias dimensiones. Se lo puede comprender, se le debe respetar por su libertad, se puede esperar de él reciprocidad en el respeto, pero es muy difícil explicarlo completamente.

NOTAS

1. Cfr. *Crítica de la Razón práctica* (traducción de A. García Moreno) Mexico, Editora Nacional, 1974, p. 261.
2. No deja de ser sorprendente que uno de los estudios más importantes en lengua castellana como lo es el de Manuel García Morente en la parte correspondiente a la ética no lo tenga en cuenta. Ver: García Morente, M.: *La filosofía de Kant*. (3a. edición) Madrid, Espasa Calpe, 1974.
3. Cfr. Hechos de los Apóstoles 17, 22.
4. Véase: Fabro, Cornelio: *Génesis histórica del ateísmo contemporáneo* En: *Enciclopedia del ateísmo contemporáneo* Madrid, Cristiandad, 1972, Tomo I p. 23.
5. *Crítica de la Razón Práctica*, edición citada, p. 310.
6. Cfr. La edición bilingüe de los textos y fragmentos de Epicuro que se recogen en: Carlos García y Eduardo Acosta: *Ética de Epicuro* Barcelona, Barral Editores, 1974, pp. 89-155.
7. Cfr. García Morente, M. Op. Cit. pp. 167-168.
8. *Crítica*, op. cit. p. 249.
9. *Crítica*, op. cit. p. 270.
10. *Crítica*, op. cit. p. 165.

- 11. *Crítica*, op. cit. p. 261.
- 12. Un breve estudio sobre las tres formulaciones del imperativo categórico se puede encontrar en el excelente libro de David Ross: *Kant's ethical theory* Oxford University Press 1965, pp. 43-65.
- 13. *Crítica*, op. cit. p. 303.

- 14. Cfr. *Crítica*, op. Cit. p. 259.
- 15. *Ibid.* p. 303.
- 16. *Ibid.* p. 263.
- 17. *Ibid.* p. 270s, 304.

NOTAS

1. Cfr. García de la Haza, *Principios de la filosofía*, pp. 107-108.

2. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

3. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

4. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

5. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

6. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

7. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

8. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

9. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

10. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

1. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

2. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

3. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

4. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

5. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

6. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

7. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

8. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

9. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.

10. Cfr. *Crítica*, op. cit. p. 261.